

AÑO XXIII.—NÚM. 6521

7 DE FEBRERO DE 1883.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA

Miércoles 7 de Febrero 1883.

REVISTA DEL CARNAVAL.

Esto se vá...

Así, sobre poco más ó menos, recuerdo que terminaba yo en el año último la reseña de aquel Carnaval y con la misma frase triste es decir lol comienzo ésta hoy, al notar el cada vez mayor decadente aspecto que revisten nuestras, en otros tiempos, celebrísimas carnestolendas.

Y al repetir la horrible frase, siento dolor profundo, tanto por la desaparición de costumbres tradicionales con las que todos nos divertíamos sin ofensa para Dios ni para el mundo, así como sin detrimento, aparente al menos, para el ánimo ni para el cuerpo, cuanto, y es lo peor, porque veo á esta nueva generación que nos sucede, si apenas nacida ya caduca, olvidarse de aquellas tradiciones y no preocuparse ni poco ni nada en sustituirlas ó reemplazarlas con otras costumbres análogas ó semejantes que respondiesen al mismo humorístico fin.

Sic transit... que traducido libremente quiere decir:

El Carnaval ha muerto.

Descanse en paz.

Quantum mutatur ab illo!

Y aquí me proponía yo escribir un artículo de alta y trascendental filosofía, en demostración palmaria de la gravedad inconcusa que afecta la casi total abolición del carnaval, con todas sus naturales y lógicas consecuencias... más, llegan hasta mi ciertos rumores... aplico mi atención á ellos y distingo clara y perfectamente el *Memento homo quia pulvis es...* frase tremenda que me hace recordar la entrada de la cuaresma con sus ayunos con y sin abstinencia, y sus religiosas meditaciones... y naturalmente abandono mis propósitos filosófico-carnavalescos que guardo en cartera para otro año, pues en el presente hay ya que entregarse de lleno á aquellas otras prácticas que durante seis semanas solo tendrán el privilegio de interrumpir con sus esfuerzos procesionísticos nuestros jamás como se debe alabados beneméritos cofrades los *marrajos* y los *californios*.

¡Que Dios les asista! pues mucho lo han de menester y á mi que no me olvide en éste mi empeño temerario de escribir la revista del carnaval.

Con tiempo algun tanto desaparecible y cielo cubierto hasta el punto de no haber podido casi, admirar el bello rostro del rubicundo Apolo, trascurrieron esos tres días en los cuales es de rúbrica colocarse el antifaz y

decir al prójimo las verdades como templos, que hemos tenido atravesadas entre pecho y espaldas sin poderlas sacar al exterior durante los 11 meses y 27 días restantes del año: la animación ha sido mucha por las calles del tránsito, aún cuando las máscaras escasearon, sin que afortunadamente hayamos tenido que lamentar incidente alguno desagradable, hecho que merece consignarse por lo mucho que dice en pró de la cultura de este pueblo.

Pero si las máscaras fueron escasas, abundaban en cambio por los balcones una multitud de hermosísimas paisanas mias y de no paisanas, ya rubias, ya morenas, ya trigueñas, de toda clase y condicion, capaces todas juntas y cada una de ellas de por sí, de fundir con solo una mirada, convirtiendo en líquido herviente, al más duro y probado bronca y de dejar hecho pavesas al corazón más frígido y mármoleo.

Y aquí encuentro yo la razón del mal tiempo y sobre todo del poco sol, por que lectores míos ¿qué sucediera si á todo ésto añadiésemos un día primaveral acompañado de un sol como el de estos países del Mediodía? Además creo también que en ello hay su poquito de temor que pudiera confundirse con la envidia, pues naturalmente si Apolo vió lo que nosotros vimos y es probable que lo viera, no es extraño andara oculto á fin de no perder la, por otra parte, justísima fama y merecida reputación, que tiene de tanto tiempo adquirida.

Me parece que me pongo en lo justo.

Pero... prosigamos.

Capítulo aparte por que lo merece.

Lo más notable del carnaval ha sido indudablemente la *Estudiantina cartagenera* que dirige nuestro paisano el conocido y aventajado bandurrista Sr. Avila. Se sabja la existencia de la estudiantina, así como el que los individuos que la forman, dedican sus momentos de ocio al estudio del divino arte, pero con seguridad era desconocido el progreso y adelanto realizado por aquellos; el casino, el ateneo, los catés, los centros todos de reunión de Cartagena, han podido admirar estos días el estado brillante de la estudiantina, que ejecutando con notable precisión y afinación marcadísima, las magníficas piezas de su escogido y abundante repertorio, ha hecho recordar á la titulada *Figaro* que tantos aplausos conquistara.

Hoy, si hemos de ser imparciales y justos, la *cartagenera*, es menos numerosa, pero raya á la misma altura que aquella; nuestro parabien pues á todos y especialmente al señor Avila por su acertado dirección.

Los bailes de máscaras (por antifrasis) menudearon éstos días. En el casino regulares y creo yo que mas animación tuvieron si realmente fuesen como su nombre indica.

Del mismo defecto adolecieron los del Ateneo; notándose bastante mayor concurrencia que otras veces en los celebrados por las Sociedades Monroy, Cervantes y Artesanos, en cuyos salones se hacía difícil transitar.

Vean pues mis lectores si tengo razon para concluir como empecé.

Esto se vá...

ADVERTENCIA. El Domingo próximo, concurrirá la *Estudiantina Cartagenera* al baile de Piñata que tendrá lugar en el Casino, lo cual hacemos público por este medio para que llegando á noticia de todos, sirva de un estímulo más, para mayor lucimiento de dicho baile.

El retirado.

Datos biográficos de los príncipes de Orleans, que tienen en estos momentos gran interés:

El Principe de Joinville.—Nació en 14 de Marzo de 1818 y se casó en 1843 con la princesa Francisca Carolina, hija del emperador del Brasil, D. Pedro I. Tiene el grado de almirante en la marina francesa y durante la monarquía de julio fué el más popular de los hijos del rey Luis Felipe. Se le presentaba como un espíritu vivo, ingenioso; se citaban sus frases, se le consideraba enemigo de la etiqueta.

Santa Elena, San Juan de Ulloa y Mogador, que eran los tres hechos de la carrera del joven marino, habían impresionado las imaginaciones presentándole al pueblo con relieves de héroe.

De él se decía con exactitud:—Es de todos los hijos del rey el que el pueblo vé menos y al que conoce más.

Durante la guerra franco-prusiana se batió con el nombre del coronel Lutherod, y después ha trabajado mucho, publicando en la *Revue des Deux Mondes* artículos notables.

Duque de Chartres.—Hasta 1858 su vida corrió unida á la de su hermano mayor el conde de Paris: cuando su madre la duquesa de Orleans murió, los dos hermanos se separaron siguiendo cada cual los impulsos de su carácter, que se avenían con sus destinos, que le señalaban en el porvenir al uno un trono, al otro una espada.

El duque de Chartres es eminentemente soldado, y soldado de caballería, su elemento natural es la vida de campaña con sus trabajos, sus sucesos imprevistos, su peligro y su gloria.

En 1858 abandonó la residencia

de Claremont, donde todavía vivía su abuela la reina Amalia, y entró, después de brillantes exámenes, en la escuela militar de Turin. Las páginas más salientes de su vida de soldado son la campaña de Italia: allí peleó al lado de la bandera de su patria.

Cuando hubo paz en Europa y guerra en América á América se fué buscando el olor de la pólvora, único oxígeno que ansian sus pulmones de soldado; allí fué acogido con benevolencia por Lincoln y formó parte del estado mayor del general Mac-Clellan, del que se separó pronto para hacer la guerra que á él le gusta, las guerrillas, las avanzadas, las sorpresas, batirse, luchar y no volver hasta algunos días después si ha sido vencedor ó vencido.

Una noche le sorprendió el enemigo en un baile, vestido de frac: montó á caballo, se puso al frente de su escuadrón y volvió dejando en el campo muchos cadáveres de adversarios, y llevando, como recuerdo en el pecho una herida, y delante de él ocho prisioneros.

En la guerra franco-prusiana logró ocultarse bajo el nombre del capitán Roberto Le Fort, y sirvió en el ejército del Norte, mereciendo ser propuesto siempre con el nombre del capitán Le Fort para varios ascensos.

Los generales decían al verle: Ese Le Fort se juega todos los días la vida. No sabían que se jugaba algo más, hasta su tumba en el panteón de la familia; pues no la hubiera tenido al ser cogido cadáver desconocido en el campo de batalla.

Después de esta batalla se batió en Argelia, recordando al esplendor de aquella, las tradiciones de su padre.

Está casado con una hija del príncipe de Joinville, la nieta de la reina Amalia que más la recuerda en la delicadeza de sus facciones y en la perfección de su espíritu y tiene cuatro hijos.

Duque de Penthièvre.—Hijo mayor del príncipe de Joinville, nació en 1845. Es marino, como su padre, y como éste entusiasta por su profesión. Muy versado en las matemáticas, espíritu exacto, minucioso, trabajador, ha pasado en su vida de marino por muchas peripecias, contadas con admirable estilo en un precioso libro que ha escrito el conde de Beauvoir.

Conde de Paris.—Tiene cuarenta y cuatro años, es de naturaleza fuerte y robusta, alta talla y está dotado de gran actividad física y moral.

Sus frecuentes viajes, su residencia en Alemania, en Inglaterra y en América, han cultivado su espíritu. De ilustración superior y modelo de virtudes, todos le respetan. Está casado con la princesa Maria Isabel